

LAS MOCEDADES DE ALLENDE

Fausto MARIN-TAMAYO

VA PARA TRES SIGLOS que se escucha el metálico tintinear de las espuelas españolas en la soleada casona de esta Nueva España. El tiempo cierra, alucinado, las páginas ya empolvadas de los años, sellando la agonizante historia colonial con el lacre sangre de las venas indias, y entrega al hombre su última hoja en blanco para que en ella inscriba el paso de las horas nuevas.

En el presente año de 1790, la transformación del conquistador es completa. Lejos están ya bélicas epopeyas, olvidadas viejas correrías, ausentes agotadoras marchas, perdido el sabor de los combates. En el ambiente no se sienten efluvios de pólvora, ni se deja oír el silbar de las espadas ni el estruendo de los cañones.

En el paladar de estos descendientes de quienes se forjaron en la enorme fragua del Nuevo Mundo, ya no queda, en la agonía del siglo XVIII, sino un sabor a vino añejo, a rancio licor libado en las solemnidades conmemorativas: un recuerdo más nebuloso cuanto más apartado.

Sí, el conquistador ha mudado de ropaje, de armas, aun de mentalidad y expresión. Sólo el pueblo, el eterno pueblo, es el mismo. Digiere las ideas con pesadez, casi por necesidad, pero los sentimientos, hechos deseos, habrán de manifestarse libres, violentados por la panorámica de agreste poesía que le rodea.

Ahora, en el aldabazo del XVIII, lo imperativo es vivir. Vivir aspirando por todas las ventosas de la epidermis el máximo de favores permitido, según el medio y las circunstancias.

La soleada casona se está empolvando. . .

EN UN LUGAR DE LA NUEVA ESPAÑA

Aun cuando la antigua villa de San Miguel el Grande —milagro surgido del rosario angélico de fray Juan de San Mi-

guel— no uniese al nombre de su primitivo patrono el de aquel mozo que en la pila bautismal (un 25 de enero de 1769) recibió como humano distintivo el de Ignacio José de Jesús Pedro Regalado de Allende y Unzaga, la identificación entre hombre y ciudad sería en tal grado manifiesta, que nos saltaría al paso en el primer intento por adentrarnos en la encrucijada de sus calles apacibles.

Trasponed el límite de la población; descended con el agua del manantial del Chorro, acompañando su aliento al margen de los breves canales abiertos al viento de la curiosidad; volved la mirada hacia la verde arboleda del jardín central, del patio anchuroso, de la calle estremecida de hospitalidad y buena crianza; abrid el oído al susurro de las voces de sus moradores; contened el ritmo del andar ante la arquitectura colonial, jugando a los naipes con los ases del triunfo estampados en Nuestra Señora de la Salud, en el convento de la Concepción, en el templo de San Francisco, en el Oratorio de San Felipe Neri; adelantad curiosa la nariz en la residencia de los Condes de la Canal y Casa de Loja; no os detengáis frente a la parroquia gótica, huésped extraño en la ciudad barroca; reunid todas estas impresiones, dándoles un sentido único, y con el corazón vuelto al pasado descubriréis la presencia de un “algo” privado de adjetivos, sí, pero de tan evidente sustancia como si se mantuviese en pie: es la imagen viva e incorpórea que trasciende y participa del vigor común de San Miguel y del héroe que dio magnitud nacional al solar antes sólo apartado, angostado por la demarcación de las formas materiales que lo circunscribían.

EL “DE” DE ALLENDE

Ni grandezas, ni rancio linaje. Ni siquiera una hidalguía anticipándose al patronímico. Sencillamente, su padre se llamada Domingo Narciso de Allende. El *de* es pecadillo venial, pues Domingo Narciso era un emigrado honradote, de estructura moral tallada en una pieza, que acostumbraba examinar los rincones oscuros de la conciencia, exponiéndolos a la luz de la indulgencia divina, de la misma manera que una larga práctica le permitió disponer, correcta y rápidamente, los sa-

cos de granos en las bodegas por las que paseó su juventud, allá en la Península.

A Domingo Narciso le nació en las entendederas obsesio-nante idea: enriquecer. Loable enfermedad de la que se em-peñó en ser paciente inveterado; regodeándose en ella, llegó al convencimiento de que nada mejor para lograrlo que atra-vesar el charco, dar con su cuerpo en América y llenarse los bolsillos con la plata del Nuevo Mundo.

De cómo logró colocarse en uno de los navíos que, salvo imprevistas y un tanto periódicas contingencias, hacían la tra-vesía de los innumerables nudos marinos que separaban a la metrópoli de su colonia, no hay constancia. El caso es que arribó a Veracruz, donde ahuyentó el mareo con la perspec-tiva henchida de azules augurios, escuchó porteña misa con la devoción de quien siente, al fin, que la tierra está firme bajo el calzado, y se incluyó en la lista de los pasajeros que habrían de trasladarse a la capital del Virreinato.

Te Teum en Catedral y comida en casa de algún paisano ricachón, que en España fuera dependiente y en América es pa-trón, lo que no le impide hacer pucheros de nostálgico mo-queo. De sobremesa, el consejo: "Compatriota, ni lo piense, váyase a alguna intendencia; la competencia es poca y mucha la oportunidad. Joven como es, será suyo el mañana, con lo que quiero decir que la plata. Y si la ambición apremia, no faltará mujer de buen físico y mejor herencia. ¡Hala, y a poner en alto el pendón de las Castillas!"

Rápida ojeada a la carta política; epístolas testimoniales de intachable conducta; préstamos signados por la buena vo-luntad y el interés al tanto por ciento; muchas ansias, escaso equipaje y un nombre de villa como punto terminal.

Llegada a San Miguel el Grande. Miradas de curiosos, sa-ludos corteses, un cochero empolvado y maldiciente. En la hospedería (por mientras, Domingo Narciso, que ya verás la tuya) reposa los huesos. Rosario en San Francisco, café y visita de cortesía al señor cura, con el que charla de tantos asuntos, que el párroco ya adivina el cúmulo de servicios que su gentileza tendrá que brindar al tozudo visitante.

Domingo Narciso no hace esperar lo que la voluntad re-clama. Interviene de transador en operaciones de compra-

venta de numerosos productos de la región, y como deja satisfechos por igual a hacendados y mayoristas, las monedas le llegan sin riesgo particular.

Un día, los habitantes de San Miguel son testigos de que un nuevo comercio abre puertas en amplio local, y con tal fecha el dueño recibe tratamiento de *don*. Seguro que fué entonces cuando se agregó el *de*.

Don Domingo Narciso de Allende prospera. Su físico también aumenta de volumen. Los préstamos han sido saldados, y, a su vez, alimenta en su favor deudas que le dan tono de mayor prestancia. Ha llegado el momento de matrimoniarse, con lo que adquirirá, ante ojos ajenos y propios, la plena confirmación de señorío, interpretando el término a la ligera, verdad es (pero en América estas libertades de expresión reflejan el trasfondo de orgullo racial que impera entre los peninsulares).

No se le van los años en busca de novia. Desde que llegó al lugar le ha impresionado un talle quebradizo que denuncia armonías escondidas. Su dueña, la doña, y muy doña, María Ana Unzaga, lo es también de uno de los apellidos mejor cotizados de la villa, y de bienes raíces que aumentan las cualidades, de suyo sobresalientes, de la dama.

Hay petición de mano, vía señor cura, y pronto las campanas tocan a boda. Los nuevos esposos practican sus deberes tan a conciencia, que en once años reciben la bendición de siete vástagos.

HORAS TEMPRANAS

La casona de los Allende —dos pisos en esquina, balcones al vuelo, recios muros y altas puertas— da al jardín principal. Símbolo de fortaleza, no es de dudarse que influyera con su robusta, cotidiana presencia, en el ánimo de los siete niños que se cobijaban al amparo de su techumbre tranquilizadora.

Entre chispas de la lámpara votiva del hogar, entre disciplinas cerebrales y entre manifestaciones religiosas de los santuarios sanmiguelenses, los años primeros de Ignacio bogaron en un mar de cálidas sensaciones.

(Paréntesis luctuoso: Ignacio quedó huérfano en plena ni-

ñez, uniendo su párvulo dolor al de sus hermanos José María y Domingo, y al de las pequeñas Francisca, María Ana, Josefa y Manuela. Digamos, en marco negro, que al dejar este valle de lágrimas, doña María Ana Unzaga abandonaba, no sólo sus siete vástagos —cuyas edades fluctuaban entre los seis y los diecisiete años, siendo Ignacio el tercero—, sino asimismo una nada despreciable fortuna. Agreguemos a su memoria la de Domingo Narciso de Allende, empeñoso y recto, de quien si las malas habladurías aseguran que unió sus destinos a los de María Ana prendado por igual de virtudes y dineros, los escasos testimonios que se nos han legado demuestran que vivió apegado a las estrictas normas que regían al tradicional hogar americano: disciplina y moral, y con ello queda dicho todo. Verdad es que por causa de muerte, en edad prematura, no influyó con indelebles caracteres en el destino de los que llevaron con sano orgullo el legado de su apellido. Verdad, igualmente, que ambos dejaron por más preciada herencia las dotes sanguíneas que reflejaron las cualidades ancestrales.)

Ignacio y sus hermanos se adentraron en el caminito de la vida al relativo cuidado de Domingo Berrio, proclamado *in articulo mortis* administrador de los bienes del matrimonio Allende-Unzaga, consistentes, de manera principal, en las haciendas de San José de la Tresquilla y Manantiales y en el establecimiento comercial que en vida regentó don Domingo Narciso.

Maduro, discreto si es posible, amante de los negocios arriesgados y de más problemático rendimiento, aunque, eso sí, optimista e infatigable, en pocos años Berrio compromete el patrimonio de los Allende, al grado de que después los varones se verán precisados a gastar sus energías en empresas que les permitan sobrellevar el estilo de vida a que se acostumbraron, y las mujeres a empeñar mejores argumentos en la no menos difícil tarea de atrapar a algún sanmiguelense ricachón y de buena sangre.

Antes, parte de la infancia y de la pubertad, la han de pasar vigilados espiritualmente por su tío materno, don José María Unzaga, de desarrollado sentido educativo, mientras Berrio cumple con lo que él llama deber de administrador de bienes mundanales, y si se da el gusto de sancionar ciertos

actos de los pequeños, lo hace con un dejo tal de dulce complacencia, que no causa mucha mella en los tempranos caracteres.

Parejo a tan singular orden corre la savia del intelecto. Son los criollos los que rompen lanzas en los pechos de la ignorancia, poniendo de manifiesto su viva inteligencia, con encajes de sátira distintiva, dentro de las paredes de la Real y Pontificia Universidad, en los corredores de San Nicolás Obispo, en los patios de San Ildefonso, ante el portón severo de San Francisco de Sales, colegio éste que floreció con el vigor de Indias, teniendo su vida colorida expresión de vanidad que exhibieron por igual maestros y discípulos, uno de los cuales, seguramente, llevó el nombre de Ignacio de Allende.

Y se dice "seguramente", porque no hay pruebas documentales de su paso por la institución, lo que ha dado motivos para conjeturar que tal vez asistiera al colegio de San Ildefonso de la ciudad de México, hipótesis esta última basada en el hecho de que, en aquella época, las más distinguidas familias de San Miguel el Grande enviaban a tal plantel a los hijos varones, con lo que lograban satisfacer humanos orgullos y meter un tanto de cultura en la mente de sus herederos, que se contagiaban del ambiente heterogéneo de la capital.

Lo que sí salta a la vista es que el joven Ignacio concurrió a cualquiera de los dos centros citados, por lo menos durante el tiempo necesario para adquirir los conocimientos, ante todo literarios, que son perceptibles en su correspondencia particular y en los testimonios de quienes le trataron personalmente. A favor de los que se inclinan a creer que fue alumno del de San Francisco de Sales existe la noticia de que, por aquel entonces, fungían como maestros en él dos de los Unzaga.

Y mientras Domingo Berrio emprende malamente negocios propios con dineros ajenos, Ignacio ve que los días son horas y las horas minutos, y alienta la ilusión de que la mocedad lo puede todo, hasta volver a vivir los años perdidos.

ICONOGRAFÍA

Como expresión física, Ignacio de Allende podría haber rivalizado con los más gallardos caballeros y miembros de la

milicia colonial, y de hecho así fué. Alto de porte, hercúlea y simétricamente proporcionada la complexión, animoso y firme el andar, el joven criollo parecía nacido para lucir, en el futuro, el llamativo uniforme del provincial de Dragones de la Reina. Faz expresiva, las líneas firmes de las cejas le prestaban un interesante medio marco que subrayaba la definida intención de la mirada. El rubio y crespo pelo, de breve corte, saltaba sobre el centro de la frente en figura de incipiente óvalo que hacía en los parietales una clara entrada, descendiendo a las sienes, donde daban principio las rotundas patillas que le eran tan características. El mentón robusto y la parte superior del labio, afeitados cuidadosamente.

La boca, de la que fluía particular voz ceceante, mostraba un aire de desdén, mezclado con el tolerante de los hombres de suficiencia. La nariz, por otra parte, era un objeto de particular importancia en el orden de su estética. Allá, en años idos, debió ser lo que, sin perder la masculinidad de su significado, se llama una nariz clásica; después, el calificativo ha de trocarse contundentemente. El motivo de la transformación se debió a que Ignacio, ya en plena juventud, coleando un toro de sangre brava en el quebrado terreno de la hacienda "Cañada de la Virgen", dió con su humanidad en la dura tierra del campo, sufriendo su apéndice nasal conmoción tal, que desde entonces lució doble fractura. Peculiaridades del ser Allende.

EL NIÑO INDALECIO

Mozas vienen y mozas van; tras ellas, los ojos de Ignacio José de Jesús Pedro Regalado de Allende y Unzaga.

Por los caminos de las iglesias, el revuelo de faldas esconde la enagua almidonada y el tobillo, blanco de tanto huir del sol, y así marcha la espontánea procesión de las niñas bien, de las zagalas mal, de las indefinidas intermedias. No es extraño que el galán suspire por desentrañar el misterio de la línea pura que sólo adivina sobre la punta de la zapatilla, siguiendo el arranque del cuello redondo, las manos recatadas que se obstinan en permanecer cerradas sobre el libro y los hombros de fina curvatura.

Y de este coro de vírgenes, que evitan hablar de matrimo-

nio por no llamar a la mala suerte, la villa de San Miguel no estaba, ni con mucho, mal surtida. La prueba se encontraba, sin ir más lejos, en aquella Antonia Herrera nacida bajo el cielo placentero del lugar.

La Antonia y el Ignacio sopesaron sus posibilidades de criollos enamorados en la balanza del ensueño. Después, el porqué la niña Herrera no exigió del joven Allende amplia satisfacción al "qué dirán", es cuestión de escaso valor histórico. La consecuencia se llamó Indalecio, y se le llevó a la pila bautismal sin mayores tapujos. Con los años, Indalecio llegó a significarse entre los primeros mártires de la Independencia sacrificados en Acatita de Baján.

Antonio Herrera no le iba a la zaga a Ignacio en casa y ascendencia. Los Herrera pudieron llamar al orden al Allende, pero no lo hicieron. Se supone que achacaron lo inevitable a la inexperiencia, lo consumado a la juventud, y acordaron que el tiempo viniera a corregir lo que el tiempo había desarregrado.

La Antonia siguió siendo la Antonia. Con los años hasta tuvo por ofensa el oírse llamar "señora". Pecados de juventud no han de amargar la madurez. Pudo vanagloriarse de ser "una gran y buena amiga" de aquel que un día, un día ya lejano, estuvo en un triz de llevarla al altar.

DRAGONES

Corre 1795. El 9 de octubre queda constituido en San Miguel el Grande el Regimiento Provincial de la Reina, previa sanción real al acuerdo del quincuagésimotercer virrey, don Miguel de la Grúa Talamanca, Marqués de Branciforte, el siciliano que tenía por máximo blasón ser miembro de la casa de los Príncipes de Carini, y por superior utilidad estar unido en matrimonio a doña María Antonia Godoy Álvarez, hermana del Príncipe de la Paz, transformado en dictador de la España que se derrumbaba.

El pomposo Branciforte no se daba menos humos que un monarca, y en alucinación tal velaba noche y día por el acrecentamiento de su particular fortuna, con lo que vio en la creación y restablecimiento de los cuerpos militares de pro-

vincia —disueltos por su antecesor el segundo Conde de Revillagigedo— un motivo más de enriquecer. Mediante los oficios de Francisco Pérez Soñanes, conde de Contramina, “se hizo gratificar por la concesión de todos los empleos, entonces muy apetecidos, de estos cuerpos”.

Los Allende, casi extinguido el patrimonio en las manos de Domingo Berrio, habían intervenido en el desarrollo de nuevos negocios, muy principalmente de haciendas, y logrado obtener un capital que les permitía satisfacer su economía. En la constitución del Regimiento vieron un medio de aumentar su prestigio y asegurar un sueldo que no era de despreciarse. Hombres recios, de innato don de mando, aunaron a estas características, necesarias al ejercicio de la milicia, una bolsa de oro que amparó eficazmente su solicitud de ingreso, y el mismo día en que se estableció la corporación obtuvieron sus despachos de oficiales: José María de capitán, y Domingo e Ignacio de tenientes.

Para complementar la invasión de los Allende en el cuerpo castrense, Manuela, la benjamina, casó con el teniente coronel Juan María Lanzagorta, acción que ya no pudo ser imitada por María Ana ni por Josefa, pues con anterioridad habían contraído matrimonio con sendos lugareños, si algo cerrados de la mollera, no de los bolsillos, siguiendo el ejemplo de Francisca, esposa, tiempo atrás, del español Domingo Bucé.

LOS AMIGOS DEL REGIMIENTO

Al frente del flamante Regimiento de Dragones de la Reina se encuentra Narciso María Loreto, conde de la Canal, especie de patriarca de la villa, de amplia autoridad moral. De las arcas de su antepasado Manuel Tomás salieron los dineros necesarios para edificar la capilla de la Virgen de Loreto, y él no era menos munificente en obras de caridad, siempre dispuesto a socorrer al necesitado y endilgarle un buen consejo, lo que prueba que tomaba muy en serio sus funciones samaritanas.

Abajo de su escala jerárquica, el hijo tercero de significativa familia del lugar, de nombre Juan Aldama Rivadeneyra, había ingresado en el cuerpo a la par que Ignacio de Allende,

si bien con el grado de alférez. Cinco años menor, siente, con intensidad mayor que cuantos se preciaban de relacionarse con el teniente, el hipnotismo que de éste emana con efluvios naturales. El trato del cuartel —prolongado en felices tertulias— canaliza el mutuo y primer afecto.

Desde entonces, Aldama encuentra en Allende la fuente de su ideal viril; por su parte, Aldama fue el amigo que la vida brinda rara vez: supo dar sin esperar nada; lo que recibió, lo fue bajo el impulso que preparaba una retribución. Rió en las horas alegres, alentó las amargas, manteniendo la ilusión de la camaradería al abrir los caminos más recónditos de su alma. Pronta la bolsa, presta la espada, también en el orden material lució la grandeza de sus sentimientos.

El trato diario une a Allende con otro joven de incierta apostura, reservado y eficiente, grave y decidido. La amistad se brinda llanamente, franqueando barreras muy cortas para tan largas piernas, a la vez que se identifica con el ejercicio del valor. Hombre de escasa brillantez mundana, José Mariano Jiménez encerraba en su pecho americano un corazón tan grande como el cielo sugerente del nuevo continente. Callado, mas no taciturno; severo, pero nunca despótico; idealista sin exaltaciones románticas, este teniente Jiménez, de varonil integridad, espera aún que la historia de su patria le dedique un capítulo íntegro: el que escribió su espada y firmó su fe.

Enfundados en el vivo paño de sus uniformes, los tres jóvenes proyectaban hazañas en el desborde de la fantasía. La realidad superó todo lo soñado. Entre tanto. . .

CALMA VIEJA, CALMA AÑEJA

La calma, puede decirse, es general. . . *“Una vez hubo tan grande pelea, que el sol se cubrió de flechas”*. . . Calma vieja, calma añeja, apaciblemente sobrellevada, interiormente despreciada. El cañón resuena sólo en ocasiones de festividades cronológicas. Ignacio de Allende la contempla con rebelde ánimo. ¡Él que es todo energías, músculos, alientos! Sus desahogos consisten en cabalgar por los llanos cercanos de San Miguel el Grande, hasta que la montura está por reventar y

el sudor le empapa cuerpo y ánimos. Allá, en el campo, el jinete abraza al viento, bebe el sol y por los poros de la piel respira la tierra hecha polvo. ¡Si fuera posible hundir la carne en las aguas internacionales de la violencia, crispando el puño ante los ojos del destino!

Vigor y arrojo tienen otras periódicas figuras. Si Allende va en calidad de invitado a las haciendas, donde se disputan su presencia, anuncia diversión a manos llenas, aun cuando los esparcimientos le lleven a peligrosos extremos, pues en no escasas oportunidades sorprende a sus amigos dentro de las estancias, introduciendo la alarma en forma de un bravo becerro que, al decir del sanmiguelense Arteaga, "ocasionaba un gran movimiento, con especialidad entre las señoras, que se subían al estrado, se separaban, se reían o lloraban también, según las impresiones que cada cual recibía, y esto era lo que entretenía a Allende, si bien siempre con el cuidado de impedir que persona alguna fuese golpeada y de echar fuera al becerro luego que el riesgo comenzara a ser de alguna consideración".

Por las noches —noches de San Miguel—, el teniente de dragones pasea por las calles mal alumbradas. Su espíritu en desazón fluctúa entre la ilusión nacida al calor de la vida de las armas y el canto germinado en la cercanía de la mujer, mientras tras los ventanales una femenina emoción preludia, envuelve y luego deja escapar el rondeo impuesto por Allende.

CAMINOS DE LLUVIA

Aquí y allá deja prendidas cuentas del collar anecdótico. Una noche libra de morir chamuscado a un comerciante, viejo y avaro, a quien sorprende el incendio de su estanco cuando dormía en la trastienda. Allende arriesga su vida derribando la puerta y rescatándolo espectacularmente de la hornaza.

En otra ocasión, se enfrenta a cuatro gañanes armados, cargando contra ellos con tal denuedo que les hace poner pies en polvorosa, no sin antes propinar a dos de ellos dura felpa. La celada le había sido tendida por un hermano de la bella sobrina del Conde de la Canal, confiando en que, merced a los oficios de los bribones a sueldo, terminaría el ocasional y fugaz romance iniciado entre el teniente y la hermosa dama.

Allende dio por concluída la aventura obligando al autor del frustrado asalto a pedirle humillante perdón.

Pero si un idilio se malogra, otro aparece en lontananza, cargado de prometedores frutos. Al iniciarse la época de lluvias y anticipándose al grueso de las aguas torrenciales, numerosas familias sanmiguelenses se afanaban en preparar los enseres necesarios para su anual temporada en las haciendas cercanas. Entonces, el teniente Allende era uno de los pocos que iba y retornaba sin más ambajes que las alforjas de caballería conteniendo municiones de arma y boca, y, sin que le importara agua y granizo, viento y fango, cabalgaba despreocupado por veredas que sólo arrieros avezados en el oficio recorrían al impulso de la necesidad.

Llevada por una causa urgente, cierta tarde cerrada por negros nubarrones, emprendió la ruta de regreso, desde la hacienda de los Malo, una señorita que respondía al nombre de Guadalupe. La acompañaban dos caporales. Iban sobre los lomos de las bestias, cuando al entrar en los límites de breve arboleda se miraron asombrados en las pupilas fieras de tres tipos cuyas cataduras no eran precisamente para infundir confianza, y mucho menos si se veía la acerada largura de los puñales que, como al descuido, mostraban en las diestras callosas y amenazadoras.

—¡Jesús, María y José! ¡Parecen bandoleros!

—Y no es mentira —fué la respuesta—: ¿Quieren, pues, entregarnos cuanto lleven de valor?

—Salvo la señorita, lo demás no vale un ochavo.

—Buena parece la paloma, pero cuando hay hambre y llueve a cántaros, los apetitos del amor salen sobrando. Por lo tanto, no hay más que desmontar y dejarnos las cabalgaduras.

—Miren que la niña no podrá llegar por su pie hasta San Miguel.

El diálogo, sostenido más o menos en los términos apuntados, es cortado por seca detonación, prolongada en el trágico anuncio de una bala que vuela limpiamente el sombrero segundos antes firme sobre el cráneo del más parlanchín de los bribones, a la vez que una voz conocida viene de muy cerca:

—¡Dejen esas bestias! ¡Ya los meteré en orden!

¡Diablo! ¡Si es el mismísimo Ignacio de Allende, que ca-

sualmente pasa rumbo a la hacienda de los Malo! En un dos por tres los alados pies transportan a los pillos fuera de la arboleda, y muy pronto se pierden en el barrial, dejando atrás sus nada loables intenciones.

El galano saludo del teniente responde a las frases agradecidas que fluyen de los labios de Guadalupe. A fin de evitarle un nuevo mal encuentro, se presta a escoltarla hasta la villa.

Parece inútil aclarar que, al despedirse ante el portón de la casa de Guadalupe, el tratamiento de *usted* se ha transformado en un *tú* que se enuncia con parpadeo de voces, y que las manos de la joven prolongan su languidez, más tiempo de lo que la cortesía permite, en las del teniente, dando margen a que una cita se concierte con breves, intencionadas palabras.

Pasa un año y vuelve la época de lluvias, pero ahora la señorita Guadalupe no acepta la invitación que se le hace para ir a la hacienda de los Malo, sencillamente porque prepara un ropón de cristianar.

Ella lo quiere hembra, pero cuando le nace varón no la enfurruña la desilusión, y le endilga su propio nombre. Al momento de bautizarlo, un curioso está seguro de oírla murmurar: “¡Buena la he hecho! ¡Si al menos llegaras a sembrarte a tu padre, angelito!”

Labios proféticos, si es que los oídos no engañaron al escandalizado feligrés: Guadalupe Allende, años más tarde, vino a servir de capitán en la primera compañía del Escuadrón de Independencia, durante la guerra México-norteamericana, y se destacó por su particular arrojo, siendo citado como ejemplo de valor en el campo de batalla. Entre sus hazañas se cuenta la de haber alanceado yanquis en las calles de la Santísima y Miradores, de Puebla, y en los molinos de Atlixco y La Galarza.

Guadalupe portó orgulloso el apellido Allende, perdonando, en loor a su progenitor, el que sólo le diera una cuna de trastienda. La gloria vela humanas debilidades.

CHARRO Y TORERO

Alentamos ya un fugaz anticipo del centauro que en tardes lejanas largó a paseo melindres y seguridades para estrechar

la diestra al dios de las correrías, un tanto demoníacas, por las que se fugan los negros humores de la inactividad. En estas líneas nos disponemos a salir al paso del Allende auténtico que es el charro, al igual que lo es el torero.

El primero sustenta la bella tradición que encuentra muy escasas semejanzas en lo redondo del planeta, y cuyas características son un conjunto de virtuosismos que, en resumen, motivan la conjugación airosa del hombre y del bruto, y que se denomina el charro mexicano.

Por lo que toca a su parte, el torero contiene en su castiza acepción una sutil sugerencia, en la que la fiereza del animal y el don de mando y temple del hombre que le presta alientos representan la más objetiva, colorida, afiebrada fiesta del valor.

Allende muda con amplia satisfacción el uniforme galoneado por el atavío del charro y, cuando menos los domingos, pasea al ritmo de los remos del bruto de gran alzada que con el cuello erguido, las grupas relucientes, las crines cepilladas, hace sonar sus herrados cascos en el empedrado de la calle principal de San Miguel el Grande. También la mangana es en sus manos una forja de siluetas y arabescos de fugaces vidas, y en el coleadero —puños de acero y rabos de hierro— el charro pone de manifiesto una cuasi-profesión en la que se doctora sólo el alumno constante y entusiasta que aúna a la perseverancia los dones particulares de destreza, competencia y pericia.

Muchos fueron los malos golpes sufridos en el aprendizaje; muchos y seguidos, hasta que únicamente sobrevinieron aquellos en los que las causas accidentales intervienen con el sello de inevitables. Entre contusiones y abiertas heridas, vergüenzas y rabetas, Ignacio logró al fin alcanzar la borla de maestro de charrería.

De ahí a significarse en el dramático arte de Cúchares, sólo había un paso, y lo dio sin prevenciones mayores. Largar el rojo trapo ante los cuernos sobrecogedores de los toros de sangre asesina fue sólo asunto de perseverante entusiasmo. En encierros improvisados por los hacendados del Bajío, en formales corridas de festividad popular, en los extensos llanos de la región y aun en patios y corrales, aquel teniente se trans-

formaba en el torero tras el cual iban los vítores entusiastas del espectador.

Cuando la gesta de 1810 se inició, la Nueva España perdió un representativo de la virilidad charra y torera, pero el México naciente ganó un paladín de su libertad.

¡ALELUYA!

¡San Miguel, espada del cielo, patrono y amigo! ¡Aleluya!

Durante veinte días, cuyo eje es el 29 de septiembre, la villa parece una enorme feria. Tras las procesiones, misas, rosarios, sermones y bendiciones, los festejos de sabor pagano, sobresaliendo las corridas en que se lidiaban "los toros más famosos por su bravura, y en el último día toreaban de las personas decentes o notables todas las que querían, repartiéndose las comisiones con arreglo a su inteligencia o humor, por lo que había capitán, toreros, locos, lazadores y picadores, haciéndose con este motivo mayor la concurrencia... , siendo capitán, como debe suponerse, don Ignacio Allende".

Cierta vez —seguimos siempre el testimonio del historiógrafo local Benito Abad Arteaga— en que al inquieto Allende tocó en suerte matar a un toro, se produjo un hecho que los espectadores explicaron como una demostración de la intuición de la bestia que olfateaba en Ignacio al temible adversario que, más tarde o más temprano, habría de dar con su pellejo en el destazadero.

Que era un toro de bandera nadie lo dudaba al verle embestir con el máximo de su poder a los de a caballo, hacer con bríos por el capote, mostrar limpia acometida a la incitación de los banderilleros, aunque "esquivaba de alguna manera la presencia de Allende, que lo llamaba para matarlo, pues sólo daba el primer bote y no el segundo, que es en el que hace lance el torero".

El público, entre el que sobresalía el elemento femenino, principió a tomar la cosa a chungu, con la consiguiente reacción de Allende que no encontraba oportunidad de perfilarse y hundir el acero en la cruz del sagaz bruto. Los gritos de "¡Se te irá vivo al corral!" y "¡Arriba el torito vives!" encendieron el ánimo del militar, sobre todo cuando el cua-

drúpedo eludió decididamente todo encuentro y, volviendo el rabo, prefirió beber los vientos de la distancia. Los espectadores tuvieron la humorada de correr apuestas, en mayoría favorables al bicho, sobre su incierto fin.

Secamente, Ignacio dio orden imperiosa a jinetes e infantes para que redujeran, dentro de un círculo de carne protegida por los chuzos de los picadores, el espacio en que se movía la res, y él entró en el círculo, seguro de que ya nada le impediría salir airoso del lance.

A un paso del burel, largó la siniestra hasta tomarle un cuerno, tendió la espada y, tras la mano derecha armada, llevó el peso de su robusta humanidad. El estoconazo fue fulminante. El animal, herido de muerte, dejó escapar por el hocico una bocanada de negra sangre, dobló los remos y se desplomó a la sombra de su victimario.

Tras el estupor general, el público desgranó en honor de Ignacio de Allende la más estruendosa de las ovaciones escuchadas en aquel lugar de la Nueva España que amparaba la presencia emocionada de San Miguel.

DON FÉLIX

El 31 de mayo de 1798, en la villa de Orizaba, el enriquecido Branciforte entrega el virreinato a don Miguel José de Aranza, tras lo cual se dirige a Veracruz, donde embarca cuerpo y fortuna a bordo del navío de guerra *Monarca*, encubriendo con exagerada verborrea los cuidados que le asaltan a la noticia de que la escuadra inglesa asedia las costas, como parte de la pugna entre la Isla y España.

Y mientras Branciforte teme, en alta mar, por arcones y pellejo, Aranza asciende hasta la ciudad de México donde se le tributan recepciones propias de su investidura. De primeras providencias disuelve el cantón de tropas que Branciforte reunió en la Intendencia de Veracruz, al inicio de la contienda anglo-española —cantón al que no asistió el Regimiento de Dragones de la Reina por considerarse innecesaria su presencia—, y modifica el sistema militar entonces en vigor. Crea brigadas que, estratégicamente situadas, agrupan a diversos cuerpos cuya pasada falta de coordinación redundó en perjui-

cio de la efectividad general del ejército colonial que operaba en la Nueva España.

Para asumir la jefatura de la importante Décima Brigada de San Luis Potosí, designa a Félix María Calleja y del Rey (ojos desnudos de sentimiento, cejas espesas y sentenciosas, pelo ralo untado al cráneo, tan firme como larga la nariz, labios finos y crueles, mentón voluntarioso, mejillas exangües). Es el hombre que en el futuro estará a un paso de desbaratar los mejores planes emancipadores de los mejores hijos del México naciente, cuando, merced a sus dotes de estrategia y a su carácter obstinado, aclimatado en la fórmula de que el fin justifica los medios, lleve a cabo una serie de brillantes acciones sin las cuales la independencia del país se habría anticipado en años a su consumación.

Por lo pronto, Félix María está plácidamente repatingado en el sillón de brigadier. Como el campo de jurisdicción se mueve hasta más allá de San Miguel el Grande, tiene frecuentes entrevistas con la oficialidad de los Dragones de la Reina y, por lo tanto, con Ignacio de Allende, a quien Calleja mira complacientemente, simpatizando con sus viriles expansiones.

Parece natural que el superior jerárquico vaya aficionándose al joven criollo que idea novedosas evoluciones militares y hace honor al uniforme, y que con especial acento estimule cualidades y justiprecie virtudes, distinguiéndolo con comisiones delicadas en el terreno generalmente anodino de la tranquilidad novohispánica. Así, lo coloca al frente de la compañía de granaderos que tiene por misión batir en los alrededores de la ciudad potosina al conocido bandolero y habilidoso contrabandista "Máscara de Oro", con el resultado final de que, si bien el redomado pícaro no pierde la epidermis en las balas que le envían los hombres de Allende, se ve precisado a abandonar la comarca, librando a sus moradores de su constante pesadilla.

COSAS DEL TIEMPO

En las noches que suceden a los días de forzosos descansos, cuando las comisiones del cuartel escasean y los negocios están muy lejos de exigir mayores preocupaciones, al aburrimiento

se le engaña con el correr de los naipes: tresillo, albures o malilla, las horas se diluyen en un tinte de interés brindado por las apuestas, nunca superiores a lo que el sentido de la amistad permite. En San Miguel el Grande, los hermanos Allende gustan de reunirse con Juan, Ignacio, Manuel, Justo y Benito Aldama (muerto éste antes de que concluyera el 1800), y las partidas se organizan pretextando mil formas de solaz.

Como también se sorbe chocolate, los clérigos concluyen por convertirse en asiduos asistentes, demostrando cuán fácil es barajar las cartas y exponer algunos reales a la suerte del caballo de espadas o a la del rey de oros. Hasta el padre Manuel Castiblanqui —charla animosa y talento despejado— olvida sus funciones de presbítero del Oratorio de Filipenses y espía del Santo Oficio para encabezar el grupo de los hombres de sotana.

En otras ocasiones, los amigos mueven sus entusiasmos al brillar de las navajas ceñidas en los espolones de los gallos de pelea que, de feria en feria, atraen la curiosidad y la plata en vibrantes palenques.

Y, dado que la amistad sabe cabalgar por los mismos endemoniados caminos —veredas de polvo y piedra— de la Nueva España, el teniente Allende la lleva consigo doquiera traslada su recia constitución, hospedándola con amplitud en la austera Querétaro, cuyo corregidor don Miguel Domínguez es su anfitrión. Ignacio se complace sobremanera en presentar sus respetos a la Corregidora, doña Josefa, augusta dama con quien pasa largas horas de felices charlas, sin que enfríe un ápice tal correspondencia afectuosa el que no se efectúe el matrimonio que el milite pensó realizar, allá por los treinta años, con una de las hijas de los Corregidores.

Conjuntamente a la de los Domínguez, Allende abunda en intimidades en la levítica ciudad: los hermanos González, Epigmenio y Emeterio, destacados comerciantes; José Ignacio Villaseñor Cervantes, efusivo y cortés; Juan Nepomuceno Mier y Altamirano, doctor en leyes, y otros más que forman interminable lista. A todos tiende la diestra cuando el humor o la obligación del servicio lo llevan a Querétaro, donde no son escasas las ocasiones de exhibir la entereza.

Una de ellas, en forma sucinta, ha un siglo se puso en tinta y papel, y por su sabor la transcribimos: "Sucedió que, habiendo dado orden las autoridades de Querétaro de que a las oraciones de la noche se disolviera el comercio conocido con el nombre de baratillo, y no queriendo retirarse las gentes que a él concurrían, fue necesario que el regidor comisionado pidiese auxilio de tropas armadas, pero lejos de ser obedecidos a pesar de esta fuerza, la plebe comenzó a insolentarse y en este conflicto se le fue a avisar a Allende, que estaba a la sazón en el cuartel. Montado en el acto mismo a caballo, se presentó en el lugar de la escena, y aunque ya se había trabado la lucha entre paisanos y soldados, él comenzó a repartir cintarazos, haciendo entender que las autoridades debían ser obedecidas, y antes de media hora se restableció completamente el orden."

UN BAILE INCONCLUSO

En otra estancia incidental en Querétaro, la oficialidad del Regimiento de Dragones de la Reina corre invitación a la sociedad del lugar para un baile que amenizará la propia banda de la corporación. Por su parte, los oficiales del Regimiento de la ciudad no se muestran muy satisfechos. Celosa rivalidad es manifiesta, y en el aire flotan anticipos de contienda.

El baile se inicia. Medianoche. De improvviso, un puñetazo que se estrella en un mentón es la señal que origina general tumulto. Numerosos militares y civiles queretanos que se han filtrado al salón, encuentran a la primera oportunidad un pretexto para desahogar pasadas emulaciones. Los de San Miguel el Grande, poco dispuestos a dejarse exhibir ante las damas ahí reunidas, responden airados.

Un músico del Regimiento, cortado en mitad de la inspiración armónica por la acción terminante de certero bofetón, sale con ligereza a la calle y va en busca de Allende, a quien sabe dónde encontrar, y como horas antes el teniente recorría las calles vestido de charro y una nueva aventura amorosa le impedía trocar la típica vestimenta por la de oficial del ejército, su llegada al lugar del baile, convertido en campo de pugilato, no pasa advertida. Pero a las estentóreas llamadas

de orden hechas a sus amigos, pronto éstos lo rodean, deponiendo belicosidades. Sobreviene un intervalo. Reposan los puños, pero no así las cuerdas vocales, distendidas al son de mutuas recriminaciones. Una procaz injuria vuelve a encender la hoguera. Los dos bandos empeñan honores en la fortaleza de los brazos.

¿Allende requiere una espada; con el plano de la hoja golpea pechos y espaldas, logrando separar a los grupos contendientes, mas alguien arroja al piso los candelabros que iluminan la sala, dejando que la oscuridad aumente la confusión. A tientas, el teniente toma un candelabro, enciende las velas y se planta, firme, sin soltar el acero, bajo el arco del dintel, intimidando a tirios y troyanos con la amenaza de arrojarse resueltamente, sin temor a herir, al sitio donde la bulla le indique que el pleito continúa.

La grave figura obtiene mágico resultado. El teatral gesto hace enmudecer a los presentes. Vuelven las luces a lanzar destellos, entre tanto el salón se desaloja en orden, tras de que la oficialidad de los Dragones de la Reina sale hacia su cuartel provisional y los rijosos queretanos se disuelven rumbo a sus domicilios.

EL CURA DE SAN FELIPE

Año de gracia de 1800. En San Luis Potosí es grande el entusiasmo que provocan los preparativos que habrán de culminar con la bendición del Santuario de Guadalupe. El día 10 de octubre, el cura párroco de San Felipe Torresmochas, invitado especialmente a la suntuosa ceremonia, canta la primera misa. Por cuarenta y ocho horas más prosiguen los oficios, y el día trece, domingo, comienza la feria popular.

La corrida de toros lleva al improvisado coso a una multitud sedienta de emociones. En el palco de honor, el intendente potosino, Vicente Bernabeau, los miembros del Ayuntamiento, los comisionados, el comandante Calleja y el cura de San Felipe, con sus cuarenta y siete años de talentosa vida a cuestas.

Al llegar la impaciencia al clímax, como apunta Castillo de León, "se da la señal para que empiece la lidia y por pri-

mera vez en San Luis Potosí (lo que causa sensación) se hace un despejo militar por tropas del ejército. Ejecuta la manobra la primera compañía del Regimiento de la Reina, a las órdenes de un apuesto teniente llamado Ignacio de Allende, a quien le asiste como oficial de órdenes el subteniente Miguel González Núñez”.

El pueblo, que no esperaba semejante aperitivo preliminar a la corrida, se enciende en el pasmo. Sólo falta que resuene el cañón para dar real impresión de anticipos de combate.

El cura de San Felipe Torresmochas no puede sustraerse de la admiración general, e inquiera, interesado, el nombre del teniente que comanda la compañía.

—Ignacio de Allende.

Una vez oído, no lo olvidará. El tiempo ya camina hacia el sesquicentenario del amanecer que unió sus vidas para la inmortalidad.

Aquel clérigo, que tenía a la diestra al feroz Calleja, se llamaba Miguel Hidalgo y Costilla.

RONDA LA MUERTE

De pronto el velero que lleva de timonel a Allende da imprevisto bandazo y a punto está de zozobrar. En los primeros días del mes de octubre de 1801, una desastrada caída del caballo pone a Ignacio de Allende al borde de la muerte, y seguro es que fue entonces cuando sufrió la fractura de la nariz. Desvanecido a consecuencia del peligroso golpe que recibe, se le conduce violentamente a su casa de San Miguel el Grande, donde los galenos menean la cabeza.

El día 9 siente que se le va la vida. Acaricia la frente de su hijo Indalecio, y tras de recibir los reconfortables sacramentos de la religión, solicita la presencia del escribano José Cayetano de Luna.

Rápida corre la pluma sobre el blanco papel, y registra la que se considera postrera voluntad de Allende; ésta se expresa en beneficio del entrañable hermano José María, quien promete, a su vez, amparar a Indalecio y cumplir con todos los pormenores que su memoria le recuerde que merecen póstumo interés.

Ignacio firma el testamento y, legalizado el severo trámite, se recuesta en el lecho cuan largo es, confiando en que los pecados mundanos no le cerrarán del todo la puerta del cielo.

Mas la parca ha de esperar todavía una década para llevar a término su obra. Las reservas de vigor que alientan en la hercúlea estructura de Allende ahuyentan sombrías perspectivas de entierro, y muy pronto la crisis es suplantada por la gracia de la convalecencia.

Poco tiempo después, Ignacio, en contra de médicas opiniones, monta su corcel favorito, galopa y encabeza lucidas paradas. Ahora sabe que su vida anterior, pese al oropel de que la rodeó, carecía de una alta finalidad. Cuando maduren tales pensamientos principiará la búsqueda del gran ideal.

Mientras tanto, el 10 de abril de 1802 contrae matrimonio, en el Santuario de Atotonilco, con María de la Luz Agustina de las Fuentes, joven viuda de Benito Manuel Aldama, y en ella encuentra amor tranquilo, experiencia hogareña y una segunda madre para Indalecio. Ninguna encendida pasión le ha movido a su encuentro; sólo apacibles corrientes de inteligencia y cariño, y "fue público en esta ciudad, dice un cronista de San Miguel, que amó tiernamente a su esposa, de la que no tuvo sucesión, y que aunque siempre alegre y sociable, porque éste era su carácter, le guardó fidelidad y no volvió a dar qué decir, ni aun después que enviudó, al año o dos años, como tampoco en lo sucesivo, no obstante la libertad, el tiempo y la ocasión que por todas partes le brindaban".

Un alto en el oasis. Eso ha sido el tiempo transcurrido en la sedante compañía de María de la Luz. Un alto en el que el hombre se está encontrando a sí al reflejar su neta fisonomía en el agua clara del reposo. Cuando, al finalizar 1804, murió su esposa, Allende dejó de ser el Don Juan arrogante para convertirse en un hombre maduro.

Respetando el doloroso sentimiento que le embarga, deja correr el tiempo sin cubrir los trámites que le harían entrar en posesión de los bienes heredados, mediante legítima testamentación, al deceso de su mujer. Su cuñado, el doctor Victorino de las Fuentes, abre un litigio con la esperanza de hacer suya la herencia, que representaba treinta o cuarenta mil pesos en bienes raíces.

La actitud jurídica y moral que asume frente a su cuñado, se deja ver, diáfananamente, en las siguientes líneas:

Señor don Victorino de las Fuentes.

Tu casa, y marzo 3 de 1805.

Estimado hermano, y muy señor mío:

La defensa que he hecho del testamento de mi esposa es para llenar como debo mis obligaciones y mi honor, y como sé que nada he hecho ni dicho de ella que no sea verdad y justicia, el íntimo convencimiento que tengo de esto me hace esperar la victoria. Descanso en el testimonio de mi conciencia y en la integridad del juez que nos juzga. En tales circunstancias, no puedo creer por posible que haya de ser condenado en lo que yo cabalmente sé que nada debo. No podré disputar contigo en alto, porque carezco de las luces que a ti te sobran, y así no extrañes que rehuse contestarte por cartas en el asunto, pero ni tampoco podré hacerlo en lo verbal, pues así menos me embarazarás con tu persuasión y tergiversación de palabras, que yo no puedo proferir sino con sinceridad y sin estudio o composturas.

Ya dimos testimonio de nuestra armonía y disposición cristiana comprometiendo nuestros derechos al fallo de un excelente juez. ¿Qué nos resta, pues, que aguardar si no su sentencia, y conformarnos con la que disponga la Providencia, que será lo que más nos convenga? Protesto que a pesar de esta contienda, mi corazón no la siente aún. Te amo en lo muy de veras; vivo en positivos deseos de que acabe este pleito pronto para refrendar nuestra antigua amistad y hacerte creer con todos mis servicios que sin novedad es todo tuyo tu apasionado hermano y servidor q. t. m. b.

Ignacio de Allende.

La sentencia favorece a Ignacio, y aun así se abstiene de meter en sus bolsillos la apetecida suma. Con los años, quienes la disfrutaron fueron los mismos familiares de María de la Luz.

ALLENDE ANTE EL DESTINO

Desde enero de 1803 un nuevo virrey gobernaba a la Nueva España: don José de Iturrigaray. A los dos años de su virreinato, y como consecuencia de la alianza establecida entre Napoleón y el rey de España, Carlos IV, Inglaterra abrió la guerra con recios golpes que coronó la estruendosa victoria de Trafalgar, donde quedó destruido el poderío naval de los aliados continentales, al par que las doradas esperanzas de invadir la inquebrantable Gran Bretaña. Para España signifi-

caba la pérdida de un efectivo contacto con sus posesiones de Ultramar. El océano estaba en posesión de la Isla.

Ante el temor de que los ingleses pudieran apoderarse de algunos puntos en las extensas costas de la Nueva España, particularmente del Golfo, el Virrey llama a acantonamiento.

Las tropas van llegando a México, y antes de salir a los campamentos de Jalapa, Orizaba, Córdoba, Perote, Chalchicomula, Acatzingo y Palmar, forman campamento, del 11 al 17 de marzo del 1806, y practican simulacros en el ejido de La Acordada.

Hasta octubre permanecerá Allende en la capital del Virreinato, en espera de recibir la orden que le lleve a El Palmar. Son, pues, cerca de siete meses que el teniente, viudo y gallardo, no desaprovecha para darse a conocer en la Corte colonial, frecuentar las principales reuniones sociales, estrechar relaciones con diversos miembros de la milicia y abrir el espíritu a las nuevas voces que le salen al paso.

En un intervalo de su estancia en México, semanas antes de que las ideas de renovación política se infiltren en su mente y escriba las primeras cartas en que habla de independenciamiento, solicita y obtiene licencia para ir a San Miguel el Grande al arreglo de negocios particulares.

DECLINA LA TARDE. Allende traslada su humanidad en los lomos de una yegua, llevando por más preciado bagaje pensamientos encontrados. Sobre el fondo de calidez interior los recuerdos saltan en desborde, como si emanaran de turbulenta cascada. Por su memoria desfilan las imágenes tempranas de la madre muerta, del padre muerto, de la esposa muerta. Pero infancia, pubertad, adolescencia y juventud no se han sucedido inútilmente en los caminos del ser. Cada una de esas etapas, vividas con la intensidad que sólo puede dar una despierta inteligencia y una sensibilidad agudizada, le lleva, insensible, necesariamente, a una madurez que no le es dable aún entender, y ante la cual lo pasado habrá sido nube pasajera. Lo efectivo, lo inmortal, se centrará en el tiempo y en el espacio, infinito el uno, ilimitado el otro.